

El buen café cantante está ya lejos de nosotros; más bien en Sevilla y en Málaga.

Aquí ya han perdido su color, y en vez de unos «privilejos» de Jerez, ó unos «crustulones» de Málaga, dan un menfúnjo llamado café, á la par que milina de distintos colores.

Los cafés cantantes de antaño nos serán inolvidables. Sobre todo el de Xirapujeros, que era el de la gente del bronce y los revolucionarios de aquella época; tanto, que allí abencoió un gobernador á un mentiroso barbero que se las daba de confidente y se emborrachaba con el dinero de las confidencias.

El café cantante del Carmen, establecido en la calle del Armen, núm. 6, fué un nidol de flamencos, pues allí estaba Bautista, que se dormía cantando:

«Una cordera, una cordera,
una cordera, una cordera,
de tanto neurriar
se volví dora»

O aquello de:

«Cuchillo quisiera ser
para meterlo en tu corno
y arrebatarte después»

O aquello de:

«Al salir del Cementerio,
sin queca ni con dalia,
y se levantó mi madre,
¡mi pobre raica del alma!»

De vez en cuando hay que usomarse á ellos. Hay día de mucho frío en que sólo allí, viendo bailar el loro zapateando á la rusa, se entra en rección.

Es grato quitarse los guantes, como en un gran palco, sentados en las ríngenas de las divanas del café cantante, mientras el tocador tampla su guitarra.

Los artistas de café cantante tienen detrás una aureola, el gran espejo apaisado que es decoración de su templete escénico.

Los tacones que gastan las bailarinas son innumerables. Casi todos los días van al zapafuto de postal y le piden tacones, los tacones más urgentes del barrio, los que tienen que estar luego á la noche.

Ellos se tratan mal entre sí á veces. Yo sé á una que decía á otra:

—¡Cállate, verdugui!

La que lanza sólo cantos tiernos como una boca inmensa y sin dientes. El de la guitarra toma la postura de cuando se tiene sobre las rodillas un niño y ya está dormidito, dormidito, toqui ladito, toqui pladito...

Los que bailan se miran en los espejos esparcidos



«Un día de juerga en Málaga», cuadro de Ferrándiz

CAFÉS CANTANTES

POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SIENA

por el café, y cuando se miran por detrás hacen el gesto de la mujer más coqueta en casa de su modista, siendo, á veces, tan vivaz con mirada que lleva hacia su espalda, que parece que han tratado de ver qué era lo que les pedía debajo de la paletilla á qué divisa desdoblamiento les acaban de poner.

«Lo que debe haber vivido esa mujer—piensa uno—, ¿qué tipo de condesa herida tiene!»

Pero el momento trágico de los cafés cantantes es en los entreactos. Los artistas del escenario se mezclan al público, y eso tiene siempre algo de audacia de las fieras acompañadas de la jaula y lanzadas hacia nosotros.

Después comienza otra vez el espectáculo. Entonces hay que haber leído eso de:

SE RUEGA QUE RENUEVEN LA CONSUMCIÓN
CUANDO VARÍE EL CUADRO

Las camareras del café cantante son seres aparte de la fiesta.

Las camareras son las que permanecen, las que ven pasar como por un reloj las fugaces artistas, las que conocen á los parroquianos, las que saben tratar al borracho.

Son como los grandes cabestreros—en el sentido de poder que tiene la palabra, no en el sentido mulo y poco galante—para llevarse bien á la que se propone á al que se propone. Un poco humanitas, porque es conveniente, son como la ferretería guardia civil del café.

Aún aparece en esos tabladitos algún artista pintoresco, aunque de la decadencia como *El Calceñón* ó *La Chupón*.

Claro que no cantan «cancones», aquellos curules de:

«Vámonos, vámonos al Café de la Unión,
donde para *Chiripirras*, el Tío y Juan León,
tres bombas al conocimiento á pasión no falta.
Te quiero, ¡Bonita con la madre que te parió!»

pero cantan lo que pueden, siempre cosas desgraciadas, rotas, ruidosas, en las que se sorprenden las mutaciones de la vida, sus dolores, todo lo que enseña un poco los contrastes en cuya ponencia está el vivir.

No hay que huir de las recordaciones y las lamentaciones, y más cuando están envueltas en cierto aire de fiesta y jaleo.

Hay que tomar esa babilonia ligera de los cafés cantantes en que lo amigo se mezcla á lo dúbido y la vida se presenta más verdadera á través de los desgarrones del momento á hilarizante fósforo.



«El café cantante», cuadro de Alarcón